

## MENCION

# LETANIA

por Lorenzo Villanueva

Sentado junto a las amapolas, Isidro Fuentes, miró pasar un segundo y se enredó en el mar. . . desde temprano había ido a sentarse para recibir de frente el furor de la mañana: ventiscos de eléctricas sonrisas. Los niños como él, salían a empujones de la escuela antes del toque de la campana atravesando las fuentes con olor de alcantarillas, acre olor de cuerpo preso en el agua muerta. Sin charlar con nadie se reía del cielo y de sus manchas amarillas; hablaba los lenguajes que tienen los mudos y contemplaba mundos escondidos en los ojos invidentes del transeúnte bastonero. Su color de lama escuchaba pasar la gente de prisa y meditaba. . . meditaba el momento del hombre en su caparazón de pez con la frente baja como eje del eclipse. . .

“Ese juego de palomas. . . tibia muerte del anciano; para los niños el croar sonoro de los buitres o el halcón vertiginoso arribabajo, la estrujación del tiempo entre los sapos como enseñanza luta decrepita y mazmorra.” Contemplaba a sus amigos correr precavidos en las aceras de las calles mientras él a paso lento detenía los autos a plena pira verde; ellos con el miedo entre los dedos olvidaban el deber por ver parejo las siluetas fantasiosas y anacrónicas de las hadas y sus secuaces, los instantes crujían con el amigo Pablo. A solas con el mar de aguas en secuencias, cavilaba siempre en el capullo de la oruga. . . Isidro Fuentes era el letargo de la infancia. . . “juego color de sol, juego color de sal: mereces las blasfemias huracanadas en los ojos delirantes del que mata” . . . el chirriar de frenos estriados eran sus mejores notas al sentirse cerca de su proximidad intangible: palabras asombradas, madres acuitadas por los gritos a medio decir, hombres desesperación en medio de volante y el miedo a quedar desnudo ante la historia citadina. ¡Bah! Demasiado común, demasiado primor de las escuelas para detenerse y burlar las bardas curiosas en los desfiles. . . curiosa trinchera de babosos. Seguía su camino en los parajes de las nubes negras y los ritmos acueductos, horcajadas, rayos y flechas. Cerca de la luna se detenía para olvidar cuánto dejó de sombra, fiebre, susto, horror de la alimaña que se hurta en el cuerpo de quien hace las veces de hipócrita delicadeza. Un niño, un anciano, una flor del vértigo.

Era su cuna la herida abierta: esa sí que es una flor, esa sí que es la llama ardiente, corazón humano en movimiento que niega la meta del panteón gusano. . . ¡esa sí que es la esperanza verdadera diluida en rayo! . . . Cómo se mueven los ancianos y los charcos befos niños con hedor de mierda. . . el



hombre simula al felino que se va sin hacer ruido en el acecho. Se huye el ser climático de la racionalidad cuando en lontananza la libertad se asoma, maniática libertad de los presidios, crujir de vértebras en las muñecas esposadas horror de los vacíos. . . ¡ah! , el éter se preconiza en silencio, junto al oído: ya murió, esta tarde, lo enterraron igual que todos los muertos, lloraron igual que siempre, él murió igual que mueren todos los instantes las fugaces rimas materiales. . . ¡la muerte tiene un séquito cóncubo en el interés café! Isaías retornó a su antigua forma: se hizo nada. Tuvo miedo de encontrarse solo en el espacio; se fue de viaje temblando. Lo vi partir: estaba sentado, lo vi partir, abrí los ojos al marcharse él. La noche le cerró los ojos y la luna comprendió su valor. . . la madre se desmaya viendo volar del onceavo piso al producto de su vientre Jesús y sellar el asfalto con un ruido seco, periferia de siluetas vivas que con sabiduría satánica contemplan al cuerpo viajero de Isaías. . . como bota el agua en el macizo cuerpo, la fuerza viva de ese niño, llenó los ojos del curioso y ya muerto él se fue. Se marcharon sin decir palabra: pobre niñohijodesumadre descuidadaenfinyaletocaba. Lloran los demás. Me acerco al cuerpo yerto y repleto de alegría lo saludo: ¡hola amigo, bien te va! , se dilata el corazón ante la dicha inextinguible; me escucha la materia gris aún caliente, me responde ¡hola amigo muertovivo! Sus dientes desgranados los recojo en un collar, plumas y paja, el coche. Un poste. La calle ¡alfinalibertad! Isaías se estaciona en la estrella. Escucho sus risas eternidad.

Nadie sabe de dónde vino; nadie sabe hacia dónde va. Quienes lo vieron llegar dijeron que una mariposa en el polen de la flor dejó su cuerpo. Isidro Fuentes es una cicatriz de una matriz virgen. Siempre caminaba, siempre camina silencioso por las paredes de la historia con una antorcha siempre viva hasta desmoronar la oruga sensualoide. En alguna parte de la tierra lo pregonan; en alguna parte de la esfera láctea le ríen. Lo conoce aun el mundo. Es el flechador david. . . lo vieron la última vez en la masacre, cualquier masacre que tú conoces en los pueblos donde tú has vivido cien segundos solamente, lo vieron moribundo en el círculo romano gladiando al tigre de Bengala, asesino milenario por toda generación. . . “sí, era él, lo recuerdo con la nitidez del mediodía: quedó parálítico a la embestida zarpa, subió los ojos en su garganta, alzó las manos contra la bestia crepitante de rabia y asutó su sombra. Se tornó cualquier país y convirtió su ira en bandera. Era él, lo recuerdo bien, era él. . . a la hora de las acusaciones, cuando de nada sirve el miedo, las mujeres dicen basta enrollándose la falda, declaran haberlo visto con metralla en mano, herencia legendaria del mazo diestro de cabezas trucas. Una dama abrióse paso y al imberbe juez marchito, lampiño y desarticulado “él fue, señor, quien acuchilló a mi esposo con el barbero reluciente de limpio. Lo vi llegar en un estuche de cigarros. Ha de saber usted, señor juez, que soy toda una dama y me encontró desnuda. Tapé mis carnes y al volver de nuevo la sangre manaba del cuello, del pescuezo de mi amado. Es un felino pero ¿verdad que fue inocente? Usted tiene la última palabra, señor juez, usted, puede de un solo nombre sentenciar a muerte al asesino. Me bañé de rabia. Destruí mi rostro: ¿con quién hacer el amor ahora que la piel marchita del felino muerto? ¡Ay! La infamia misma caminando. Señor juez, cadena perpetua conceptúo al criminal. Desnuco la lengua facética. . . por las noches siento la ausencia de su cuerpo y tiemblo, el miedo roedor me despierta. . . ¡yo acuso al asesino!”

Isidro Fuentes luchó durante horas enteras con el felino. En la jaula cirquera, la fiera yacía pesada y vieja, sus andanzas por las selvas. Juego divertido el de los raposos baile soberbio el de los vientos en la selva. La fiera era toda barba apretujada. Desde el norte hasta el sur tenía la cola afelpada. Quieta se levanta y mira intrusa carne nueva de niño juguetón. . . prefiere



coquetear con el hambre y ríe somnolienta alguien hace ruido en el interior (es la señora dejada en la esquina de su vida que se baña). La fiera huelo instinta y lucha.

Este no es un juego amigos. No es un juego porque las luchas agitan pechos nuevos y encienden cosas inauditas y pronuncian sus discursos oradores de la traición oculta. No se va a decir cómo se mueren los árboles en la fogata taratartatarántula. Ni una sola palabra se dirá que el felino asió del cuello a Isidro y trituró sus fuerzas con las fauces destiladas. "Si a las víboras mueren de la cabeza rota, las fieras morirán cortándoles las vísceras internas. La cabeza es entrañable y delicada." Saltó el felino. Murió la risa. Empezó el vuelo a las riberas del olvido. De una bocanada, el cuerpo diminuto se filtró en el vientre negro de la fiera. Descansó la tarde, y el día se hizo de noche. Peinándose, las amapolas bailaban el vals de las higueras: mareas de ultramar, las resacas convivieron y las notas escalaron pautas ascendentes que nadie llega ni con zapatos alpinos. El río entonó su camino de ternura cascarina y de hojas secas. A tientas el filo del agua lloró en silencio el sacrificio del hermano polvo de mandíbulas fetales. Un grito histérico se escucha de repente. Algo original tenía la mujer: pronuncia llantos por la fiera y no al niño ahogado en el pantano. Isidro abrió la puerta. Pálido de fuerzas, recargó su cuerpo en la cabeza de Goliat mientras éste, regaba las paredes con manchas rojas. Bicéfalo el atuendo de la manifestación callejera. Adelante corría Isidro con los brazos levantados colgando en una mano la presea del combate, leyes de impotencia guardan las pancartas. La hija del barbero, cortó las venas-arterias vivas y la fiera se desmorona con un dolor menárquico de infartos.

El anciano masturbó su cuerpo. Sueños secos al calor de juventudes idas. Entre sus manos guardaba aún el verde moco de sus entrañas huecas. Afuera era ya de día y los niños corrían a formarse con una nueva jornada de trabajo. Hasta luego maiyamevoy, teportasbienhijoynodeslata. . . nomamino-darélata. . . La mujer cuidó el jadeo de sus senos flojos sin anécdotas sublimes de la rancia cuna del amor carnal. El rocío se evapora y de los ríos llega el viento fresco. Rutina. La mar estaba en calma. Isidro Fuentes se enredó en el mar. . .

